

LA MASCARADA

Felipe Cerdán Vázquez

*

Angélica San José se levantó el día 9 de diciembre con un fuerte dolor de cabeza que la atormentó a cada instante y la llevó poco a poco a la desesperación. A su vez recordó su vida. A su mente llegó el recuerdo de su madre. Hacía treinta años que había muerto. El recuerdo estalló en su cerebro, se deslizó hasta la estancia, se tumbó en el sofá y trató de olvidarla.

**

—¿Y la niña. . .? ¡Brígida!
—Allá la llevó el señor San José.

Angélica se detuvo a unos cuantos pasos de su padre, la nana se escabulló a donde se encontraba el velorio. El padre miró a la niña de soslayo y luego le ordenó que lo siguiera. Angélica no quiso obedecer, pero poco a poco se fue acercando por los gestos que le hacía su nana. Entró en la estancia. Al principio pensó que se trataba de algún juego extraño, algo que no comprendía. Después la embriagó la duda, la inquietud de ver donde todos miraban depositando una flor o un sollozo. Angélica fue procurando acercarse al féretro pero su nana la detuvo. Tuvo que esperar momentos eternos en aquel lugar que se presentaba incognoscible pero que al mismo tiempo la llamaba. Angélica oía una voz perdida, un susurro que le prodigaba secretos al oído y que por más que procuraba entenderlos se desvanecían entre los ruidos que la rodeaban.

El luto, la sobriedad de las flores y hasta el viento que impresionaba el carácter de los cirios dieron una sensación de terror al lugar, que pocos notaron. Cuando llegó la carroza las personas salieron, la estancia quedó vacía y las flores fueron regadas por el viento que se introducía por las ventanas y las claraboyas. Sobre los pies de Angélica se juntaron varias flores deshojadas; de pronto la voz de su padre:

—Brígida, que la niña se despidiera de su madre, y la vistes para que nos acompañe al entierro.

Brígida susurró un sí para sus adentros, después condujo a la niña hasta el féretro, luego de limpiarse una lágrima la llevó entre sus brazos y la acercó a poca distancia para que pudiera observar. Angélica la escudriñó varios minutos: estaba muy blanca, pintada de las mejillas y de los labios, sombreados sus párpados y cejas, vestía un traje blanco y tenía entre sus manos un collar de perlas. Cuando la nana la retiró, Angélica preguntó quién era esa señora, la sirvienta se volvió hacia el rostro impassible de la niña y soltó el llanto.

Dos meses después Angélica preguntó a su padre dónde se encontraba su madre, él la miró angustiada y después llamó a su nana:

—Brígida, ven acá, que la niña quiere saber dónde está su madre.

La mujer salió al jardín con la niña. Aquella tarde terminaba el verano y de los árboles caía de cuando en cuando alguna hoja casi muerta. La niña se tendió a los pies de la nana y escuchó el canto de los pájaros. El viento se estrelló una y otra vez en las ramas de los árboles y logró que la niña durmiera. Poco después, de las ramas cayó un nido, debía haberse deshecho porque solamente el pajarillo mantenía pegadas a su cuerpo algunas ramitas. Cayó a unos cuantos centímetros del rostro de Angélica, pero ésta no despertó. Por segunda vez la muerte la encontraba indiferente.

—Padre, ¿por qué mi madre ya no viene?

—Pregúntale a Brígida, las cosas entre mujeres se contestan mejor.

—Brígida, ¿alguna vez te has preguntado qué hay más allá del sueño?

—No. . .nunca lo he pensado.

—Yo sí, y me figuro que ha de ser como el cielo.

—¿Cómo es el cielo, niña?

—Muy grande, nunca acaba. . . Brígida, ¿por qué mi madre no aparece?, ¿se habrá ido al campo?

—No, niña, tu madre no se ha ido a ninguna parte.

—Entonces ¿por qué no la encuentro?, ¡me he cansado ya de buscarla!

—Y te seguirás cansando.

—¿Por qué, Brígida?

—Porque tu madre ha muerto.

—¿Qué es morir, Brígida? Mi padre no quiere decírmelo, tú tampoco.

—No, niña, tampoco.



Angélica se incorporó del sofá, se dirigió al baño, a esa hora —según se dio cuenta por la claridad del sol filtrándose por las ventanas— su esposo ya estaría levantando. Entreabrió la puerta de su alcoba y lo encontró dormido, cerró de nuevo. En ese momento volvió a asaltarla la desesperación, de un brinco se alejó de la alcoba, se refugió en los rincones que guardaban girones de oscuridad. Sus oídos acogieron el tic-tac perezoso de la vida, el ruido de la calle y de nuevo sucumbió a su desesperación.

Cuando su esposo vio el cuerpo de Angélica tendido a lo largo de la alfombra pensó incorporarla, pero el caminar irrisorio de las manecillas del reloj colocado en la parte superior de la sala lo enfureció. Regresó a su alcoba y, lleno de rabia, recordó el fracaso de su vida al lado de su mujer. Hacía diez años que mantenían una guerra de hostilidades. Diez años en los cuales había soportado al enemigo en el mismo sitio, diez años de continuas intolerancias y de la amarga flagelación que representaban sus vidas. Luis tenía cincuenta años y la única mujer a la que había amado se había deshecho, como un sueño desagradable. En veinte años de matrimonio sólo había sentido el fragor incesante de la amargura y de los vanos intentos por librarla. Sintió rabia y odio al mismo tiempo, y en minutos su cerebro maquinó una continuidad de pensamientos que lo arrojaron al mismo destino: el crimen. Pensó entonces que tal vez su vida no había sido más que un destino premeditado y que su fracaso no era más que el alargamiento sarcástico de ese mismo destino. Corrió las cortinas y decidió obrar según el destino que intuía. Caminó en su habitación, el sol se embarró sobre la alfombra y el ruido de la calle molestó sus nervios. Se miró en el espejo del closet y le produjo lástima su rostro: lo escupió, se dirigió al baño, abrió la regadera y comenzó a bañarse.

“Yo sólo quería saber dónde se encontraba mi madre, pero jamás lo quiso decir mi padre. Busqué en todas partes, en todos los rincones de la casa, en el jardín y nunca la encontré. Brígida tampoco quiso decirme dónde se encontraba. Me contó que había sido la mujer que enterraron aquella tarde de julio, pero yo no le creí, mi padre había ordenado que me despidiera de ella para acompañarlos a sepultarla, pero yo no vi a mi madre, sólo gente vestida de negro, como cuervos que picoteaban con sus miradas el ataúd donde se encontraba aquella señora tan extraña. Brígida me llevó a ella cuando todos habían salido dejando a su paso un reguero de flores, pero yo no veía a mi madre. No podía ser mi madre. Aquella señora, la del ataúd. Mi madre nunca se pintó y esta señora estaba pintada. En el panteón la enterraron con mucho lujo, le aventaron prendas y más prendas, todos los presentes susurraban rezos que se alejaban cada vez más entre la multitud de tumbas. Le llovieron muchos vestidos y otras cosas que yo no alcancé a distinguir. Sentí lástima por la señora muerta porque había oído decir que a la gente que muere se le deben cumplir sus últimos deseos, y me pregunté varias veces si la señora muerta no había estado loca, para qué quería tantos vestidos y que la pintaran como si se fuera a ir de novia. Cuando regresamos a la casa busqué a mi madre, deseaba contarle el entierro de la difunta y todas las cosas que se le habían ocurrido pedir antes de ser enterrada. Quería contarle todo, pero no la encontré, salí al jardín y le grité en varias ocasiones pero ella no me contestó, las sombras cubrieron el jardín y yo me quedé esperándola.

Cuentan que la muerte llega en el momento menos esperado, yo no la conozco, nunca la he visto, quisiera conocerla.



Luis salió del baño y comenzó a vestirse, su rostro lo había surcado la amargura; después se dio cuenta que todos los individuos tienen un destino y la obligación de cumplirlo. Terminó de vestirse. Sobre la cama descansaba la faz de la muerte, el sol se había introducido cada vez más por la ventana hasta trepar a la cama y formar con los pliegues de las sábanas el rostro inconfundible de la muerte. Luis quiso salir de su asombro, tapó con su cuerpo los rayos de luz, pero siguió ahí la faz de la muerte, entonces comprendió que su suerte había sido echada en un tiempo que él desconocía y ahora le reclamaba. Seguro de sus movimientos, trató de reflejarse en el espejo; su rostro no apareció. Se cercioró del hecho, en vano sus manos trataron de rescatar la imagen. Estalló los puños en el espejo y de pronto vio su rostro estrellado.

Cuando decidió dar muerte a Angélica se dio cuenta que ella lo esperaba; la amenazó con la vista y ella a él. Los dos se vieron por varios minutos, se estudiaron, se reconocieron. Luis, más cercano a la muerte, tenía el cabello blanco, Angélica mostraba su rostro lleno de amargura y desesperación. Caminaron alrededor de la estancia estirando cada vez más sus miradas de odio. Debían ser las once de la mañana porque el sol estaba aumentando, afuera el cielo lucía limpio, como si estuviera creciendo y quisiera ser visto por todo el mundo. El tráfico comenzó a enloquecer las calles y en los muros de los edificios el ruido y el humo se estrellaban.

No tardó mucho el encuentro final, Angélica y Luis se enfrascaron en el torbellino de sus rencores y ambos terminaron de odiarse para siempre. Angélica al fin pudo deshacerse de su memoria y de su vida. Muerta en la estancia, su único triunfo consistió en llevar su muerte a las manos de su marido, sólo así comprendió en los últimos instantes la aparición de la muerte. Luis arregló sus ropas estropeadas por la ansiedad de su víctima, ansiedad de saber lo que tanto la obsesionó: un más allá desbordante e incognoscible del cual jamás podría regresar. Luis entró al baño, mojó sus manos y la cara y se sintió tranquilo, cogió una chaqueta y salió a la calle. Comenzaba a entrar el medio día; caminó unas cuantas calles y abordó un autobús; adentro sintió su vida amanecer, miró a través de los parabrisas el movimiento de la ciudad y la satisfacción que lo embriagó lo hizo olvidar el crimen. Bajó del autobús. Observó sus pasos ágiles y la continuidad de la vida. El sol se arrebujó en su nuca, apretó el paso; de pronto volvió su mirada, un rastro de asfalto se perdió en la lejanía; siguió caminando, borró su mente, se sintió feliz. Antes de que el sol llegara al cenit, podía vanagloriarse de haber cumplido con su destino. Ahora era un hombre libre, no recordaba su rostro y el destino lo había abandonado.

